

LOS PRODIGIOS
DE
Sor María de Jesús
(Letradillo de S.^{ta} Teresa)

POR LIN TERESIANO

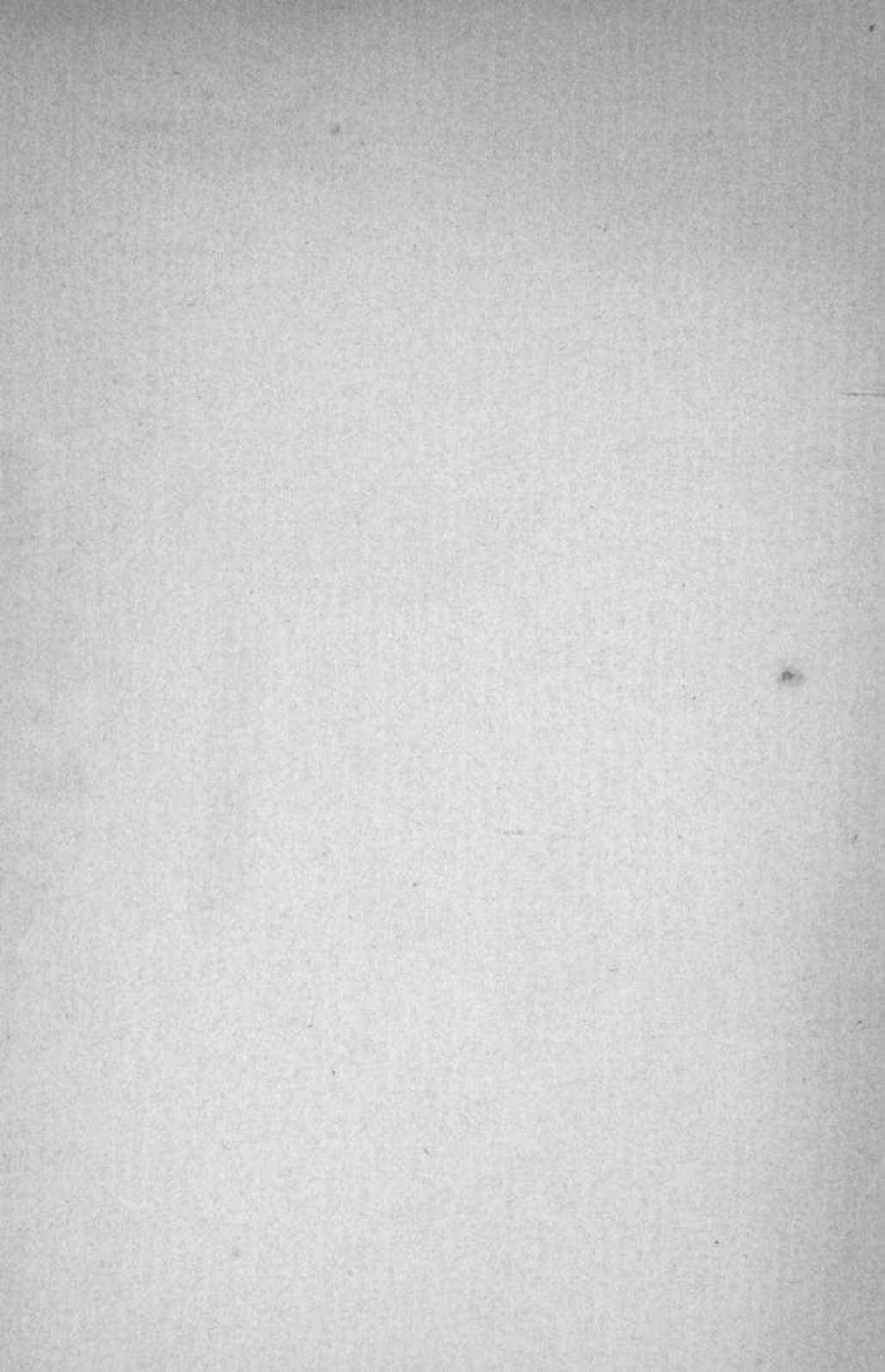
CON CENSURA Y LICENCIA ECLESIAÍSTICA

Valladolid, 1919



Imprenta de E. Zapatero

SL
F-116



SL
F-116

R. 29.961

LOS PRODIGIOS DE SOR MARÍA DE JESÚS

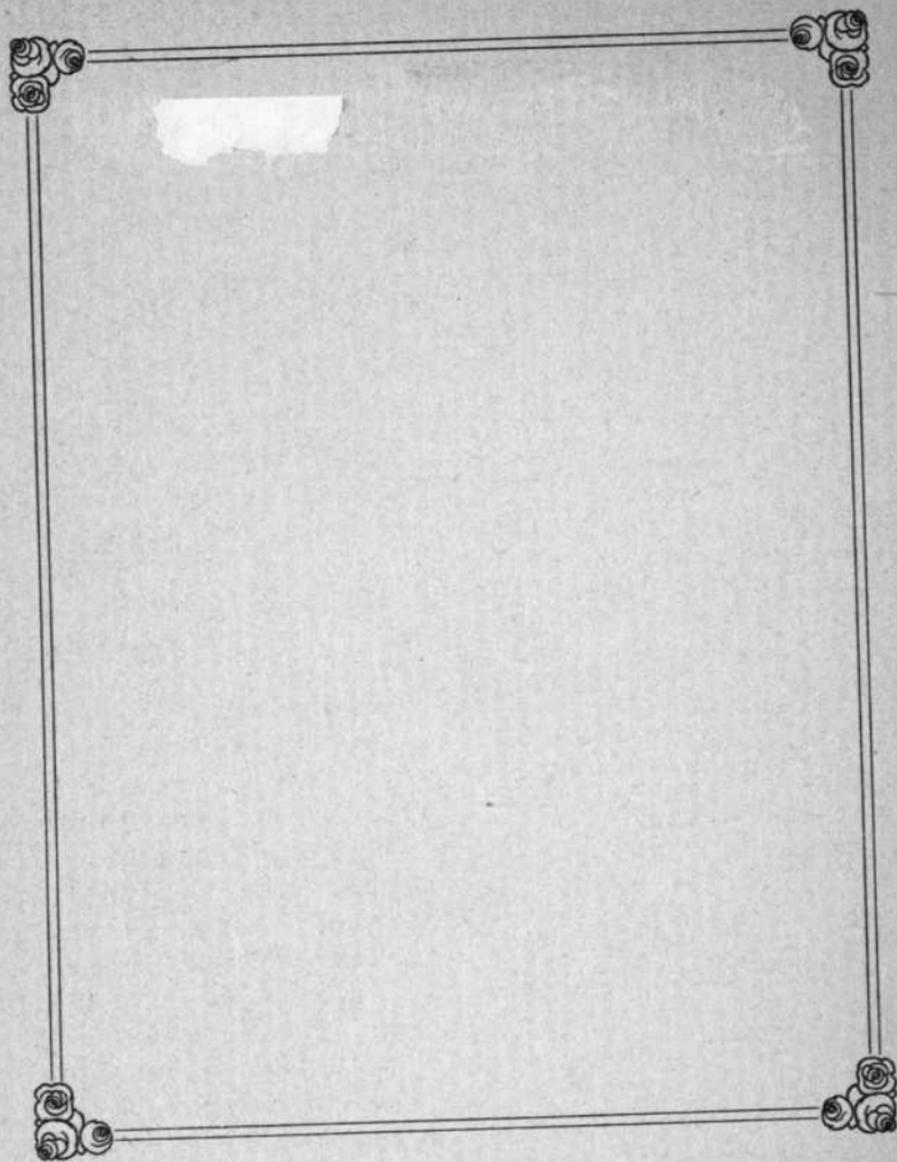


F
231.73

Agradecer beneficios recibidos del Cielo es obra de justicia; publicarlos si medió ofrecimiento es un deber; pero cuando como en el presente caso la merced obtenida parece prodigiosa, el católico, en perfecta comunión con la Iglesia, su Santa Madre, debe someter juicio y palabra á su Magisterio infalible, haciendo constar por anticipado, que con arreglo á lo dispuesto por el Soberano Pontífice Urbano VIII, á la relación que publico, ni puedo dar, ni doy otra fe que la meramente humana é histórica.

Véase lo que en los últimos días del mes de Abril de 1917 escribí, bajo la extraordinaria impresión del favor recibido en la enfermedad de una hija que goza, á contar de aquel tiempo, de inmejorable salud.

UN TERESIANO



La niña BLANCA X un año después de su curación



ANTECEDENTES PATOLÓGICOS Y TERAPÉUTICOS

La niña de ocho meses María Blanca Teresa, criada desde los dos meses con lactancia artificial, padecía desde los cuatro de su edad un pequeño catarro que después se ha averiguado se trataba de inflamación poco acentuada de los ganglios pulmonares.

Jueves 19 de Abril.—Habiendo pasado la tarde en la finca X sin duda por efecto de acción solar ó por otra causa desconocida, al regresar á Valladolid notamos volvía enfermita la niña. A las diez de la noche la visitó el docto facultativo de cabecera. Prescribió cataplasmas en el pecho y que se estimulase el sudor, pues la niña tenía fiebre.

Viernes 20.—En la visita de la mañana el doctor afirma que todavía no está determinada claramente la dolencia, pero que la niña no está peor. En su visita á las ocho de la noche entiendo que la niña continúa en el mismo estado.

Sábado 21.—Durante la noche del Viernes al Sábado la niña lo pasa en una continuada desazón. A las nueve de la mañana la visita el doctor y categóricamente diagnostica el caso como **bronco neumonía ó bronquitis capilar sobre aguda**. Altamente confiados en la pericia y ciencia del doctor, tanto dicho señor como el que suscribe, opinaron unir á su juicio el de un especialista sabio catedrático de Medicina. A las doce y media de este día se presenta el Sr. Profesor y afirma está grave, y que la bronquitis tenía invadido todo el campo respiratorio. Sin esperar la llegada del médico de cabecera y vista la urgencia del caso, la sometió á baño de 38 grados y ducha de agua fría dentro de la misma bañe-

ra. Se vió reaccionar mucho á la enferma, facilitándose la respiración. En la visita de la tarde dicen que la niña ha decaído extraordinariamente y se cambia de medicamento suministrándola cafeína y esparteína.

Domingo 22.—La noche ha sido málsima. A las diez de la mañana la visita el médico de cabecera y se pone telefónicamente al habla con su compañero dándole á conocer la gravedad y le propone, desde luego, inyecciones de aceite alcanforado para reaccionar el corazón que no funciona. El profesor le dice que, además, proponga á sus padres un remedio valiente, pero advirtiéndoles que es posible quede la niña muerta si no lo resiste. Acepto, pues por dura que sea la prueba deben ponerse en juego todos los medios humanos que alguna vez hayan dado éxito.

A la pobre niña se la envuelve durante doce minutos en una sábana con mostaza en agua caliente. Sufre extraordinariamente. Inmediatamente un baño á 38 grados y dentro de él ducha de agua fría. Se telefonea al profesor con estas palabras. «De la sábana parece ha reaccionado, pero después del baño y ducha nada.» A las doce llega aquél y vuelve á prescribir la cafeína y esparteína. A las dos de la tarde, presentes los padres y niñera y una amiga de la casa, cae la niña en una gran postración, alétean extraordinariamente sus narices, ésta morada y sus labios hinchados. De un momento á otro la vemos morir. A las tres y media toco su cabeza y pecho con las reliquias de Santa Teresa; reacción en toda la tarde y noche. Durante ésta duerme unas cinco horas.

Lunes 23.—Desde las ocho de la mañana decae notablemente la enferma. Por la mañana el médico de cabecera la encuentra gravísima. Por la tarde visítala el profesor de la Facultad, y después de detenido examen y auscultarla con la diligencia y cariño de tan docto facultativo, diagnostica su estado gravísimo. Razónalo en que además de la bronco neumonía aparece una grande y extensa inflamación de los ganglios pulmonares. Para facilitar mi conocimiento traza un gráfico admirablemente detallado del estado de las vías respiratorias diciéndome: «Para desinfartar los ganglios se

necesita una semana y ese corazón no puede funcionar ese tiempo». A mi me gusta—dice—luchar hasta en la agonía. Si usted quiere se la ponen balones de oxígeno en gran cantidad. Pregúntole acerca del resultado conocido en casos de esta gravedad, pues yo que no he negado medios, el día anterior en que se me advertía el riesgo de muerte de la niña, sin embargo la aplicación de balones de oxígeno en un caso que yo presencié sólo logró dilatar unos minutos la muerte.

Contéstame que «aplicando en gran escala lo ha hecho personalmente en el Hospital con dos niños y con mil litros de oxígeno sin resultado y que sólo en su propio hijo encontró más eficaz aplicación, pero el caso no era de la importancia que este y se aplicó en unión de otros medios».

En vista de esta respuesta, opino dejarlo en manos de Dios. Mayor ciencia que la que suponen los médicos asistentes, ambos de absoluta confianza mía, no he podido poner en juego para curar á mi hija.

Al salir el profesor, que es todo cariño y solicitud, me anima á pasar la prueba y me dice que también sufren los médicos al luchar con la impotencia, sobre todo en el caso suyo, siendo médico y padre. Abandona la casa con un sobrino mío y un íntimo amigo, manifestándoles que no hay remedio. En el portal, según me dice mi sobrino, han encontrado al médico de cabecera, vistas las manifestaciones del profesor, aquél desiste de subir á ver la enfermita. Sin embargo, á las diez de la noche le llamo, pues me arrancan el alma los dolores de la niña manifestados en constantes quejidos al toser, particularmente. Manifiéstole que he decidido prescindir de toda medicina y que solo le ruego un calmante para la tos, pero de tal naturaleza, que no robe un momento de vida.

Le da jarabe de codeína y Tolu. Desde aquel momento desistimos de toda medicina, dejando el caso en manos de la Divina Providencia y de sus siervos. La niñera inutiliza todos los frascos conteniendo medicinas.

Martes 24.—A las nueve de la mañana la visita el médico de cabecera y puesto al habla por teléfono con su compañe-



ro le dice: «esto va acabándose» Durante la mañana se ve perder vida por momentos á la enferma. Están presentes algunos parientes y mi sobrino alumno de 4.º año de Medicina. A la una vuelve el médico de cabecera. Mi pobre hija está morada, hinchada, labios gruesos, la lengua abultada fuera de la boca. La examina el médico, su estado es preagónico, sólo aprieta con una mano los dedos de sus padres. Dícenos el médico que se prescinda ya de las cucharadas de café, agua y sólo agua, pues la sed—dice—es enorme en los moribundos. Se prepara la mortaja. Escribo á las M. M. Carmelitas pidan á Dios para que si conviene aminore su agonía. La fe, sin embargo, sigue viviendo en nosotros según expresaré más adelante al relatar el caso portentoso de este día.

Por la tarde, á las cinco, pregunta por teléfono el médico, se le dice sigue muy mal pero que todavía no ha muerto. Telefoneo al profesor en el mismo sentido. En toda la tarde y en toda la noche y madrugada no vienen los médicos y no por falta de solicitud, que ha sido extraordinaria y digna de inmenso agradecimiento, sino que he comprendido que ellos ven un estado en que nada pueden hacer.

Miércoles 25.—Por la mañana á las ocho telefona el médico de cabecera. Está extrañado de no saber que ha muerto, contéstole que vive, gracias á Dios. Viene inmediatamente, la examina y dice: «No sólo está mejor sino convaleciente» «La bronquitis ha desaparecido y los ganglios se han desinfectado en su casi totalidad.» A las tres de la tarde hablo por teléfono con el profesor, el que galantemente me dice que si no había vuelto era por el estado de la niña y no aceptar yo la aplicación de los balones de oxígeno. A las siete dice vendrá y á dicha hora la examina, quedando asombrado de su estado, diciendo: «El lado izquierdo está completamente bien, en el derecho subsiste algo de tumefacción. Me propone medicinar á la niña pero yo, con el debido respeto al insigne Catedrático, le indico que he resuelto no aplicar medicinas para dejar terminar su obra al favor divino. Al retirarse me dice: «La niña se les salva».



MEDIOS ESPIRITUALES

Desprovisto por mi desgracia, de virtudes, para cuyo mantenimiento influya la acción de mi persona pecadora, hay sin embargo una de ellas, dádiva del Cielo que á raudales me fué concedida y que á Dios pido avive. Tal es, la lumbre de la Fe la cual ha iluminado, ilumina y con la gracia del Cielo espero continuará iluminando todas las potencias de mi alma. Merced á su divino influjo, cuando en la mañana del sábado 21 dictaminaba el médico de cabecera el estado gravísimo de mi hija Blanca, fué mi oración derecha al Cielo esperando del amor de Dios lo que la naturaleza y los medios humanos me negaban.

En la presencia real de Jesucristo siempre ha sido constante petición nuestra que Dios disponga de la vida de nuestros hijos antes que éstos puedan ofenderle. Por esa razón, el ruego de ese día abarcaba la concesión de salud á la enferma, si convenía para su alma y la de sus padres, y de no ser así, la recibiera en su gloria.

Desconfiando de nuestras súplicas é invocaciones por imperfección constante de nuestra vida espiritual, pedimos inmediatamente ayuda á las almas buenas, telefoneando á una hermana mía, religiosa hace 25 años, cuyas oraciones y ruegos son medicina constante de nuestras necesidades. Devotos ferventísimos de la Santa Reformadora del Carmelo, importunada frecuentemente por nosotros, con petición de

favores y mercedes, á sus hijas del Convento de Santa Teresa, nos dirigimos implorando que llamasen á las puertas de la Divina clemencia. Cariñosamente me lo prometía en atenta carta la Reverenda Madre Superiora, acompañando, sin aludir á ello, un pañito mezclado del oleo que despidió el cuerpo de la madre Sor María de Jesús (Letradillo de Santa Teresa). Explícitamente declaro, pues entiendo es de extraordinaria importancia, que á pesar de mis entusiasmos por la reformadora Carmelitana no había examinado, ni por incidencia, la participación de la monja del Convento de Toledo, y aunque había visto en periódicos católicos, las titulares de artículos relacionados con la obra extraordinaria de sus curaciones, no los había leído, confesándolo así para dar la debida importancia á la intervención que ha tenido en este asunto. Conste, pues, que mi espíritu no estaba prevenido en favor de dicha sierva de Dios, ya que desconocía por completo su vida y hechos posteriores á su muerte. Dió la coincidencia que en aquella misma mañana del sábado 21, y poco después de recibir la carta de la Superiora de las Carmelitas, llega á mis manos el «Siglo Futuro», de aquel día, en el cual se publicaba un suelto explicativo de la vida de Sor María de Jesús y de los trabajos para introducir su proceso de beatificación.

Dedicámonos á implorar su protección, empezando una novena, y en uno de los momentos que tenía en mis manos al angelito de nuestros cariños, ofrecí á la madre María de Jesús, si conseguía su curación, llevarla á visitar el sepulcro donde reposan sus restos y hacer público en un opúsculo su intervención si me era concedida, claro es, sometiendo resoluciones y ofrecimientos á la indiscutible aprobación de la Iglesia. La novena iba acompañada de oraciones que también dirigíamos á la Virgen de Lourdes, á Santa Teresa de Jesús y al Padre Ezequiel Moreno, Obispo de Pasto, cuyo proceso de beatificación está tramitándose; pero la primacía y el ruego principal y asimismo ofrecimientos, eran para Sor María de Jesús.

Al día siguiente, domingo 22, y hora de las doce del

mediodía, se acentuaba con tonos alarmantísimos la gravedad de la niña, que yo entendía la quería Dios para sí, y á eso de las tres de la tarde, hora en que la niña no podía respirar, y estaban amoratados todos sus miembros, tomé de un cuadro las reliquias de Santa Teresa (tres pedazos de velo, toca y hábito), y rezando poseídos de verdadero fervor, las apliqué al rostro de la niña. En unos momentos empezó á cambiar respiración, color, aspecto, estado general, pasando relativamente mejor la tarde y durante la noche, que yo velé, pudo dormir de cuatro á cinco horas.

En la mañana del lunes 23, y según se relaciona en la descripción patológica y terapéutica, la niña empeoró notablemente. Durante la aplicación de los medios terapéuticos, en los que según nos afirmó el profesor, podía quedar muerta la niña, dímosle agua de Lourdes y fué tocada repetidas veces por las reliquias de Fray Ezequiel Moreno. La de Sor María de Jesús, se mezclaba con el agua de Lourdes. Continuábamos confiados en la voluntad Divina y bajo el agobio de indescriptible amargura, estábamos conformes con lo que la Divina Providencia tuviese resuelto. Así, preparados nuestros ánimos, fué desahuciada por el profesor en la noche de dicho día, y salvo un jarabe que le prescribió el médico de cabecera para calmar la tos, ya que no había esperanza en los remedios humanos, renunciamos completamente á ellos desde aquella noche, dejando en manos de Dios y de sus siervos, lo que la ciencia humana era impotente de conseguir.

El martes 24, fué el día en que el médico de cabecera, después de comunicar á su compañero que el pulso iba desapareciendo, á la una de la tarde la visitó por última vez acusando la presencia de síntomas agónicos. Desde aquel momento confieso que mi esperanza desapareció, pero en cambio acreció la Fe de mi mujer, pues decía, ahora que los médicos se han ido. Dios solo está con nuestra hija. Como el doctor indicó no se molestase á la niña, ni aún con cucharadas de café, y sólo se la diera agua para apagar la sed que devora á los moribundos, tomó muy cerca de medio



cuartillo de agua de Lourdes. Momentos después de la marcha del médico empeoró visiblemente el rostro de la niña que se puso amarotado, y cara, manos y labios sumamente hichados, la boquita desmesuradamente abierta, mostrando la lengua inflamada, siendo la respiración casi imposible.

El espíritu del mal que no podía soportar el favor que el Cielo nos dispensaba concediéndonos á todos resignación también acudía al pie de la cuna de un ángel, sugiriendo á mi mujer la idea de si aquellos sufrimientos y muerte sería castigo por no haber recibido la venida de aquel noveno hijo con la alegría debida. Pensaba yo á su vez que, pues el angelito nada tenía que purgar, aquellos sufrimientos y congojas de muerte, eran por mis culpas y pecados. A las tres de la tarde la veía morir, y á Dios pedí la llevase para sí, aminorando los dolores de un ángel. Pero la niña no moría. A las ocho de la noche vino por primera vez una Sierva de Jesús, de gran afecto en nuestra casa, y una vez que la vió díjonos. «Todavía hay esperanza». Seguíamos suplicando al Cielo tocando á cada momento la cabeza y cuerpo de la niña con las reliquias relacionadas, dándole sin cesar agua de Lourdes en que estaban depositadas las reliquias de Sor María de Jesús. Como queda relacionado en la parte primera de este escrito, el médico de cabecera no se presentó á pesar de su extraordinaria solicitud en toda la tarde ni en toda la noche.

En la mañana del miércoles, cuando extrañado telefoneaba al volver á visitarla, según ya queda relacionado dijo: «No sólo no está moribunda, está en franca convalecencia». Deseaba que el profesor viese por sí mismo la transformación operada y le avisé para las siete de la tarde, pero antes de su llegada creí de mi deber consultar un caso de conciencia. La niña continuaba sin aplicar terapéutica alguna. Si en la reunión de médicos opinaban que debía medicársela, ¿qué debía hacer yo? Si Dios había hecho lo más, ¿porqué restarle medios en lo menos? La Fe me decía que rechazase medicina, pero la naturaleza, la carne, el amor de padre, mirado desde el punto de vista humano, me decían lo contra-

rio. Sometí en conciencia aquella duda con un docto moralista y me dijo categóricamente siguiera solo confiando en Dios, negándome á la aplicación de medicinas. Así lo hice y se terminó felizmente la novena á Sor María de Jesús el domingo, 29 de Abril, y nuestra hija sigue admirablemente de salud.»

SL F-116

29961



10000142520

370